



Las aventuras de un  
hispano en la Roma de  
Julio César y Pompeyo

LEÓN ARSENAL  
BALBO

LA MANO IZQUIERDA DE CÉSAR

En el año 60 a. C., Lucio Cornelio Balbo, el hombre más poderoso de Gades, llega a Roma buscando un tratado más favorable para su ciudad natal y decidido a labrarse un destino en la capital del mundo. Roma vive convulsiones sociales, políticas y religiosas. Las distintas facciones se disputan sin tregua el control del Senado y las altas magistraturas. La vieja oligarquía trata de mantener sus privilegios, los hombres nuevos luchan por ascender y los habitantes de provincias intentan hacerse oír.

Habilidoso, instruido, íntimo de César y buen amigo de Pompeyo, Balbo se las ingeniará para abrirse camino en la sociedad romana. Eso le arrastrará a las cenagosas aguas de las intrigas y las pugnas políticas. Envuelto en las luchas por el poder, tendrá que enfrentarse a peligros y amenazas, no sólo para lograr sus objetivos, sino también para sobrevivir.

*En estos tiempos y en la sociedad en la que nos ha tocado vivir, uno puede contar con dos puntales: la familia y los amigos. Ninguno de esos dos puntales me ha fallado jamás. Me han servido siempre de apoyo, de respaldo y de acicate en mi carrera de escritor. Lo soy gracias a todos ellos y a todos ellos quiero dedicar este libro, que, tras quince años publicando novelas, iba ya tocando.*

## Dramatis personae

(Ordenado según el nombre que más se usa con cada persona en la novela)

**Antistio Veto**, hijo. Cuestor a las órdenes de César, durante la etapa de este como propretor en Hispania Ulterior.

**Ático, Tito Pomponio**. Banquero y escritor romano, amigo de Cicerón y hombre que procuraba llevarse bien con todos los bandos de Roma.

**Balbo, Lucio Cornelio**. El Mayor. Banquero, político y militar gaditano. Íntimo de César, al que acompañó en sus aventuras políticas y militares.

**Balbo, Lucio Cornelio**. El Menor. Sobrino del anterior.

**Balbo, Lucio Cornelio**. El Viejo. Padre de Balbo Mayor.

**Balbo, Publio Cornelio**. Hermano de Balbo Mayor y padre de Balbo Menor.

**Bíbulo, Marco Calpurnio**. *Optimate*, yerno de Catón, enemigo personal de César, con el que compartió magistraturas en más de una ocasión.

**Bruto, Marco Junio**. Hijo de Servilia Cepión.

**Bruto Albino, Décimo Junio**. Hijo de Tuditana.

**Calpurnia Pisón**. Dama romana, hija de Calpurnio Pisón.

**Calpurnio Pisón Cesonino, Lucio**. Político del bando de los *populares*.

**Cartalón. Hermanastro de Balbo Mayor.** Capitán del *Gallus Ruber*.

**Catón. Descendiente del famoso Catón el Censor,** líder moral e inspirador del bando de los *boni*.

**Catulo, Lutacio.** *Optimate* ya muy anciano, líder moral de los *boni*.

**César, Cayo Julio.** No necesita presentación.

**Cicerón, Marco Tulio.** Político y abogado romano, y quizá el orador más famoso de la antigüedad.

**Clodio Pulcro, Publio.** Político de origen patricio, populista y turbulento, que llegó a adueñarse de las calles de Roma mediante la violencia de las bandas.

**Corumbo. Griego de Sición,** arquitecto al servicio de Balbo Mayor.

**Craso, Marco Licinio.** Banquero romano, el hombre más rico de Roma, famoso por su codicia y su falta de escrúpulos a la hora de amasar riquezas.

**Enobarbo, Lucio Domicio.** Político del bando de los *boni*, cuñado de Catón y enemigo de César.

**Escevio, Publio.** Soldado romano de origen lucano.

**Escipión Nasica, Quinto Cecilio Metelo.** *Optimate*, famoso por su malicia y crueldad.

**Filipo.** Mercenario al servicio del rey de Egipto.

**Hermógenes Galo.** Griego de Emporiae al servicio de los Balbos.

**Hircio, Aulo.** Asistente de César.

**Julia César.** Hija de Julio César.

**Luceyo, Lucio.** Banquero romano, del bando de los *populares*.

**Lucía Balbo.** Púber galaica, rehén en Roma, al cuidado de Balbo.

**Marco Antonio.** En la época de esta novela, uno de los jóvenes de buena familia que formaban parte de las bandas callejeras, junto con delincuentes, exlegionarios y antiguos gladiadores.

**Masinta.** Cliente nómada de César.

**Menandro.** Mayordomo de Balbo Mayor.

**Milón, Tito Anio Papiano.** Jefe de las bandas de matones al servicio de Pompeyo Magno, enemigo jurado de Clodio.

**Nicia Lycoris.** Actriz y cantante griega, amante de Perseo.

**Opio, Cayo.** Asistente de César.

**Perseo.** Griego de Oriente, agente del reino de Egipto en Roma. Amante de Nicia Lycoris.

**Pompeyo Magno, Cneo.** Militar y estadista romano, uno de los más poderosos de su tiempo.

**Rabirio Póstumo.** Banquero romano, afín a los *populares*.

**Septimio, Cayo.** Secretario de Bíbulo.

**Servilia Cepión.** Patricia romana, amante de César y madre de Marco Junio Bruto.

**Silano, Décimo Junio.** Antiguo esposo de Servilia, retirado de la vida pública por enfermedad.

**Sofronisba.** Madre de Balbo Mayor.

**Stenta Taantikón.** Ver Lucía Balbo.

**Teófanos, Cneo Pompeyo.** Griego de Mitilene, consejero de Pompeyo Magno.

**Tuditana. Sempronia Tuditani.** Dama romana, famosa por su cultura, dotes para la danza y el canto, y por su falta de

respeto por las convenciones sociales. Madre de Décimo Junio Bruto Albino.

**Valerio Flaco, Cayo.** Político y militar romano, que sirvió en la Galia y en Hispania.

**Valerio Flaco, Lucio.** Político y militar romano, sobrino del anterior.

**Vatinio, Publio.** Demagogo y agitador de los *populares*.

**Vetio, Lucio.** Espía y delator romano, al servicio de quien mejor le pague.

## Isla de Kotinoussa. Gades. 686 ab Urbe condita

Pocos, aún entre sus enemigos, negaban que Cayo Julio César tuviese tanto talento como ambición, así como un olfato envidiable para los golpes de efecto. Él a su vez se preciaba de saber reconocer a los hombres con esas mismas cualidades. Y queda aquel magnate gaditano, Balbo, era uno de tales hombres, si es que alguna vez se había topado con uno de ellos.

Tal afirmación se la había oído Antistio Veto hijo al propio César la noche antes, durante un banquete con sus asistentes. Habría de recordarla mientras se dirigía al templo de Melkart a través de olivares, por delante de la comitiva. Y, al ver el recibimiento que había preparado Balbo al romano en el templo, tuvo ocasión de decirse que César tenía razón, como casi siempre.

Veto había recorrido el último tramo de la senda casi empujado por el viento, con las ropas ondeando, entre el rumor de los olivos. Consideró todo aquello un augurio. E igual de premonitorio le pareció que el olivar diese paso a los arenales de forma brusca, como cortado a cuchillo.

De golpe, tuvo a la vista las playas y el océano. Y allí, a mano derecha, en las dunas, recortado contra los azules del mar y el cielo, el templo. El Herakleion de Gades, con su gran flamero humeante ante las escalinatas.

En lo alto de esas gradas aguardaba Balbo. No podía ser otro. Y fue en ese instante, al verle allí, cuando Veto supo que César tenía razón. Que estaba ante uno de esos

hombres capaces de manejar en su provecho las situaciones.

Visto allí, de lejos, el gaditano impresionaba. No por él mismo, sino por el escenario. El templo antiguo de piedras ciclópeas, sobre arenas junto al mar. El viento rugiente, el atronar de olas en día despejado. Olía a océano y las ráfagas de aire sacudían los olivos centenarios. Torbellinos de arena corrían por la playa, y el humo y las chispas brotaban del flamero como de un volcán en miniatura.

Y en lo alto de las escaleras, en el pórtico, Lucio Cornelio Balbo. *Pater* de la familia más poderosa de Gades. Sufete,<sup>[1]</sup> banquero y armador. Militar de valía probada durante las guerras de Sertorio. También sacerdote de dioses antiguos. En calidad de tal, aguardaba ahora ante las grandes columnas. Báculo en mano, con alto gorro cilíndrico y manto azul y blanco que flameaba como una bandera al viento.

Viento racheado, que parecía soplar en todas direcciones, excepto hacia las puertas del templo, de forma que no le echaba encima el humo del flamero. Tenía suerte Balbo. Suerte. ¿Acaso no se decía que el favor de la Fortuna era otro de los dones de los que disfrutaba el propio Julio César?

Antistio Veto siguió avanzando. Se quedó al borde del olivar, con las sandalias ya en la arena, entre el estruendo del viento y el oleaje, contemplando a esa silueta de manto alborotado. Aguardaba bastón en puño, quieto como una estatua, como un sacerdote de tiempos antiguos.

Solo, sí. ¿Por qué? ¿Como señal de respeto al alto rango del visitante? ¿O para demostrar de esa forma su poder? ¿Para dejar claro que estaba por encima de los demás sacerdotes, magistrados y magnates de Gades? ¿Para que se viese que él era Gades?

Veto había llegado también solo y sin armas, por servir al cuestor César. Se había adelantado para asegurarse de que todo estaba en orden. Y no porque César recelase de Balbo. Al contrario. El más ambicioso de los romanos —co-

mo le tildaban algunos— y el hombre fuerte de Gades habían congeniado apenas conocerse. Fue como si se hubieran visto reflejados el uno en el otro. Como si al primer vistazo intuyeran que podían hacer grandes cosas juntos.

Pero el cuestor siempre ordenaba reconocimientos de los lugares por los que había de pasar, fuese en campaña o de paseo. No se podía descartar nunca una emboscada. César era tan eficaz como riguroso en el desempeño de su cargo; algo que le había ganado unos cuantos enemigos, tanto indígenas como romanos.

Balbo por su parte también vio a Veto. Desde lo alto de las escalinatas, no distinguió más que a una figura al borde del olivar. Uno que observó unos instantes, antes de retroceder. No le reconoció en la distancia, pero ni por un momento dudó de que fuese alguien del séquito romano, de avanzada.

Lo que sí le sorprendió fue que, al cabo de un tiempo, otra figura solitaria saliese del olivar por ese mismo sendero. ¿Quién podía ser ese otro sino César? Pero ¿sin compañía? Báculo en mano e inmóvil, Balbo se preguntó el porqué de un acto así.

¿Se habría adelantado a los suyos, al saber que le esperaba solo, para no ser menos que él? Era muy posible. Encajaba con lo que sabía del hombre. El orgullo o el cálculo, o una suma de ambos, le habían llevado a dejar atrás a su comitiva, desdeñando posibles riesgos.

Un sujeto decidido, ese César. Sin duda. Su fama le precedía y a la vista estaba que hacía honor a la misma. No por nada había sobrevivido a las turbulencias políticas que sacudían a Roma desde hacía años. Aquí estaba ahora, en Hispania. De una pieza y con un alto cargo, en tanto que otros con más años, poder y apoyos habían caído o incluso muerto.

Cayo Julio César. Ya llegaba por los arenales. Admirado, advirtió Balbo que había sabido sacar partido a sus ropas, pues venía con la cabeza cubierta por una vuelta de la to-

ga.<sup>[2]</sup> Seguro que lo había hecho al saber que el gaditano le aguardaba en calidad de sacerdote. Se presentaba así como pontífice máximo de Roma y no como magistrado, por muy alto que fuese en ese sentido su rango.

Balbo observó su avance por la playa, entre torbellinos de arena y con los picos de la toga aleteando. El viento parecía empujarle hacia el templo, algo que tanto el visitante como el que aguardaba consideraron cada uno por su cuenta un presagio. Sólo años después, al comentarlo una noche entre copas de vino, al resplandor de las lucernas, se enterarían de que ambos habían tenido igual impresión.

Pese al embate del aire, el romano se las arregló para subir con solemnidad. Así se encontraron esos dos a las puertas del templo más sagrado de Gades, entre el sonido del oleaje y el viento, con las ropas agitadas y las fosas nasales llenas de olores a océano.

Dos varones jóvenes, llenos de fuerza y repletos de ambiciones. No cambiaron palabras. Balbo se limitó a señalar con el bastón, invitando así al recién llegado a la casa de Melkart, el Hércules fenicio.

Ya conocía César ese lugar sagrado. Lo había visitado unos días antes y, de hecho, esta segunda visita era consecuencia de la primera. Pero, pese a ello y a que lo que le llevaba ahí turbaba su ánimo, se encontró de nuevo admirando el interior del templo más antiguo de Occidente. Decían que tenía mil años, como la propia Gades, y que su riqueza era pareja a su edad.

Reinaban dentro una penumbra y silencio propios de los recintos sacros. Balbo le precedía por entre las columnas, golpeteando con su báculo sobre las losas para anunciar a los dioses su presencia. César le seguía con la cabeza cubierta, sin poder evitar que su atención fuese de acá para allá.

Era tan observador como para fijarse en detalles que a otros les pasarían desapercibidos. También lo bastante instruido como para entender mucho de lo que veía y reflexio-

nar sobre ello. Advertía que la religión romana tenía ciertos puntos en común con la fenicia. Ambas estaban ligadas al Estado, al punto de que religión y gobierno se imbricaban de manera indivisible. No se entendía el uno sin la otra.

Eran también dos credos llenos de secretos reservados a los sacerdotes. Los dos, en su origen, fueron cultos de dioses sin rostro. De fuerzas cósmicas y númenes. Hasta su evolución fue similar, pues los dos habían sufrido influencias helenísticas con el paso de los siglos.

Eso último era aquí visible en las proporciones y dimensiones de la nave, así como en las columnas, los capiteles, las estatuas sobre pedestales. Aquello, en su día, fue un edificio más modesto, de interior oscuro y casi desnudo, desprovisto de imágenes y reservado a los sacerdotes.

Pero todo eso era ya cosa del pasado. Prueba de ello era una efigie en un lateral, cerca del fondo. Una estatua famosa en el mundo entero. La de Alejandro el Magno, al que en Gades veneraban como a un dios. Piedra que parecía viva, cubierta de policromía exquisita. Imagen de un Alejandro joven, bello, con unos músculos más propios de un Hércules que de un Apolo, tal vez porque al primero, en su versión fenicia, estaba consagrado ese templo.

Esa escultura le conmovió tanto como en su primera visita. Agitó algo en sus entrañas. La otra vez le había causado congoja, casi llanto, porque le dio por pensar que, a la edad que él tenía ahora —algo más de treinta años—, Alejandro ya había conquistado el mayor imperio jamás conocido.

Y en cambio él... ¿Qué había hecho él? En comparación, nada. Había ocupado magistraturas, tal y como habían hecho otros muchos romanos antes que él, y como lo harían otros tantos en el futuro. ¿Qué iba a dejar Cayo Julio César para la posteridad? Briznas, humo. Un nombre inscrito en las listas de cargos públicos de Roma. Poco más.

Se preguntaba si esas cavilaciones amargas habrían tenido relación con el sueño que tuvo durante la primera visi-

ta, cuando se tumbó a los pies de la estatua. ¿O hubo algo más? Ardía un fuego votivo ante la estatua y ahora recordó el extraño olor de su combustión. ¿Quemarían ahí carbón de plantas alucinógenas? ¿Habrían sido sus vapores la causa última de su sueño y no la estatua?

Pero ya la dejaban atrás. La rebasaron y, de igual manera, César la sacó de su cabeza. Porque Balbo le acercaba ya a su destino, haciendo resonar el báculo. Y ese destino era un viejecillo sentado casi al fondo, invisible desde la puerta gracias a las columnas. Columnas ahora de piedra que en su día fueron troncos de cedros gigantes, traídos desde Fenicia, tierra natal de los primeros pobladores de Gades.

El anciano ocupaba un estrado, ante un brasero, con las piernas cruzadas. Arrugado y curtido, evocó en César la imagen de esos pescadores añosos que remendaban redes en las playas gaditanas. Sólo que este se cubría la cabeza con un lienzo bordado y los ojos con una venda negra. Un ciego.

Crepitaban los carbones en el brasero de arcilla. El resplandor ahondaba surcos y arrugas en ese rostro viejo. En la penumbra, así alumbrado en rojo, parecía la máscara de un dios arcaico, más que una cara humana. El humo también olía raro. Y César volvió a preguntarse si no estarían quemando drogas que, en este caso, darían sus poderes al viejo.

Porque este era un famoso adivino local de sueños, convocado al templo en atención al alto cargo de César. Reflexionó este —mientras Balbo saludaba en gaditano— que, en ciertas cuestiones, la religión romana difería de manera radical de la fenicia.

Por ejemplo, en todo lo referente a signos y sueños. Los romanos creían en leyes sagradas y disponían de libros arcaicos en los que sus sacerdotes buscaban el significado de las señales que enviaban los dioses. Por eso en Roma cualquier hombre podía llegar a augur. En cambio, entre los fenicios caminaban profetas tocados por el dedo de los dio-

ses. Hombres que en su día fueron corrientes, elevados sobre sus semejantes. Y ese viejo era uno de ellos.

Se pronunció Balbo en latín, sin volverse.

—El hombre santo te escucha. No habla latín ni griego, sólo dialecto de ribera. Yo haré de intérprete.

Desde las profundidades de la vuelta de la toga, César contempló inquisitivo al viejecillo del brasero. Su primera impresión había sido correcta. Fue otrora un hombre humilde, tal vez un pescador, al que en algún momento los dioses dieron el discutible don de la oniromancia. Y era ciego. ¿Perdería la vista en un accidente en el mar? ¿Fue ese el precio por su don? Los dioses fenicios no se caracterizaban por generosos ni compasivos.

Aventó esas ideas para poner los ojos en los carbones al rojo del brasero. Habló con lentitud.

—Hace dos días, los magistrados de Gades me honraron con una visita a este mismo templo. Los sacerdotes me mostraron el tesoro sagrado, los archivos y los altares de los dioses. —Inspiró—. También me enseñaron la estatua del gran Alejandro, que es famosa incluso en Roma.

Aquello había sido un gran honor, reservado a pocas personalidades. Y a él le brindaron incluso la oportunidad de recostarse en un lecho junto a la estatua y dormir. Algo que sólo se ofrecía a contados visitantes. Porque, según la tradición, Alejandro enviaba sueños proféticos a aquellos hombres públicos que se atrevían a dormir a los pies de su estatua, en ese templo.

«Atreverse» era la palabra precisa, porque no siempre los sueños eran agradables o propicios. Según una leyenda que corría entre los funcionarios romanos destacados en Hispania, en su día, el gobernador Hostilio Mancino se atrevió a ocupar ese reclinatorio, y el sueño le vaticinó derrota y deshonra pública. Profecía cumplida años después, cuando sufrió una derrota vergonzosa ante Numancia y el Senado de Roma le castigó con la ignominia.

Pero César no era hombre que retrocediese ante temores así y había aceptado sin vacilar. Lo cierto era que sus agentes llevaban tiempo moviéndose para conseguir que se lo ofreciesen. No por el valor que César diera a los sueños proféticos, sino por el prestigio asociado a un honor tan excepcional.

Habló el viejo. Balbo tradujo.

—Soñaste...

Era una afirmación, no una pregunta, y César volvió de golpe a lo inmediato.

—Sí. Soñé...

Había sido un sueño no sólo enigmático, sino turbador al punto de que no se lo había revelado a nadie. Recordó cómo aquel día, en la penumbra, había cedido al sopor, arrullado por el silencio y el crepitar del fuego ante la estatua.

Balbo pareció advertir sus reticencias.

—¿Puedes contar tu sueño a este hombre santo?

Esas palabras le devolvieron a lo inmediato. Descartó cualquier reparo. ¿Acaso no había venido para eso?

—Soñé que poseía por la fuerza a mi propia madre.

Balbo tradujo, imperturbable. El adivino le escuchó con la cabeza girada a medias. Se quedó así un rato, como si esperase que prosiguiera o como si estuviese oyendo voces para otros inaudibles. Luego, pronunció una única palabra. Una que no necesitaba traducción y que despertó ecos entre las columnas del templo.

—*Roma.*

Balbo repitió esa palabra, no porque el visitante lo necesitase, sino a modo de interrogación. Y, en respuesta, el viejo se lanzó a perorar. César se tensó al advertir un cambio de actitud en Balbo. Lo que decía el ciego estaba alterando al magnate, cosa que no había ocurrido cuando César contó de forma sucinta su sueño.

El anciano calló. Balbo se volvió hacia el magistrado romano. En la penumbra, sus ojos oscuros parecían relumbrar